

Los de Dato, una sombra, otra vez en la sombra de poder; el eterno Dato. Porque Dato es eterno, es inmortal, como todo lo que en realidad no existe.

Trajéronles, que no vinieron, tras las obligadas consultas, tras la fatídica farsa de las litúrgicas consultas a los prohombres oficiales, sombras, y no más, los más de ellos. Celebróse la función conforme al protocolo. Porque el rito es lo último que suele abolirse. Podrán hundirse las instituciones, pero será litúrgicamente. Hay quien se afeita y se viste de etiqueta para pegarse un tiro luego.

Se hizo la farsa de las consultas por evitar que llegase, por algún resquicio, la voz del pueblo al Parlamento. Esas consultas fueron antiparlamentarias, es decir, anticonstitucionales. Y la Constitución, que es algo, va a vengarse. ¿No se quiso oír? ¡Pues se oirá!

Han vuelto a traer a los de Dato. Los mismos perros con los mismos collares. Sobre todo, los collares; collares de perros falderos, de casa y boca. Y todo seguirá igual. Parece que fué ayer. Aquí no ha pasado nada; aquí no hay historia. Aunque la procesión vaya por dentro. Si bien no por dentro de ellos, de los de Dato. ¿Es que tienen «dentro» acaso?

Echar un remiendo y que nos dejen veranear en paz. Hay que jugarse en el Gran Casino ese dinero que dicen que ha entrado en España, merced a la guerra.

Veraneando estaba en Lequeitio Isabel II, abuela que fué de nuestro Rey, cuando éste la tenía, cuando le advirtieron que había que marcharse de España.

El jefe de los de Dato, almacenista al por mayor de gedeonadas y de lugares comunes pochos, ya de puro manoseados, ha despedido algunos de los que almacena. Viene a pacificar, a normalizar la situación. Normalizar la situación es encauzar, no curar, la enfermedad, es impedir que haya crisis. Nada de operar el tumor, no sea que el enfermo se muera. El jefe de los de Dato, que nada tiene de cirujano de hierro, prefiere dejar que el enfermo se muera a exponerse a matarle él por salvarle. No revolucionará nada desde arriba.

El jefe de los de Dato, almacenista al por mayor de gedeonadas, y optimista por consigna y obediencia, ha manifestado que España podrá mantenerse en la posición que hoy ocupa en el orden internacional y en el interior. ¡Esto es, a verlas venir! ¡Inefable programa!

Si el presidente dijera algo sustancioso habría que disputar el caso como un portentoso indicativo de que alguna calamidad grande amenazaba a los españoles. Mas sea portentoso o no, él dice, a falta de cosas, sombras de cosas, gedeonadas, y no hace

nada. El quietismo—el nihilismo, mejor—es su política. Sacrificase a no hacer nada que sea hacer algo y a no dejar hacer, haciendo así de perro del hortelano.

Nos está, además, el verano encima—«las imperiosas vacaciones», que dirá el presidente, almacenista al por mayor de frases hechas y lugares comunes—y ahora lo normativo, lo litúrgico es vacar. Mañana será otro día, que, en tanto, nadie nos quita lo dormido.

¡Mañana será otro día! Y mañana es el mismo día, como les pasa a los pueblos sin historia, inciviles. Y no es día, sino noche, noche perpetua, y esto aunque luzca el sol material, que no el del espíritu.

Los pueblos sin historia, inciviles, viven años de calendario litúrgico: tal día la procesión, tal otro el ayuno; hoy, Carnaval; mañana, Cuaresma; luego se inaugura la temporada de toros, después la de baños; pronto vendrá la feria; va a abrirse la caza, en otoño el Parlamento, y todo a su plazo calendáriesco. Y por añadidura, el del Zaragozano dice cuándo va a llover y cuándo a tronar. Aunque se equivoque casi siempre y nunca pronostique los terremotos.

¿Historia? ¡Ganas de darse postín! Pero es que no por mucho trasnochar se retrasa el alba. Y el alba que va a venir pondrá a la luz del desnudo sol de la justicia muchos mugrientos andrajos de mendigo, que hoy parecen brillantes cascacas de cortesano. Con el alba se disipará la farsa.

Y la farsa es, ante todo, hija de la holgazanería. La «Gaceta» es el calendario de la holgazanería oficial. Casi todo lo que anuncia como legislado es hacer que se hace y nada más. La energía, la laboriosidad, es la capacidad de cambio; pero de cambio sustancial. Es el poder revolucionario. Porque diga lo que quiera el presidente, que se declara evolucionista, sin entender lo que esto significa, ¡claro está!, la historia es revolución continua. Sólo es pura evolución la vida vegetativa, la natural, no la espiritual, no la humana. El hormiguero y la colmena evolucionan; los pueblos históricos, civiles, revolucionan.

Para vivir historia hay que saber trabajar. Y no es trabajo el comer y el digerir y el conservarse, aunque así lo crean los conservadores, ni es trabajo el divertirse. El deporte suele ser una forma de vagancia, de holgazanería.

Apenas hubo día en que no cazase Carlos IV, el Haragán, el cual aprendió tal vez de sus deberes lo preciso para recitar la papeleta que hiciera al caso y aparecer enterado. Lo peor del bonachón de Carlos IV, el tataruelo, fué su haraganería, que se





apacentaba en el deporte cinegético. No cabe decir que tuviese camarillas, no cabe decir que tuviese «clarividencias», que suelen ser tan malas o peores que las camarillas.

Han traído a los de Dato, y como los ha traído un pronunciamiento militar hasse puesto al frente del departamento de Guerra a un joven enérgico, vigoroso, laboriosísimo, lleno de vista, a un joven de quien no se podrá decir que es un broquel de camarillas o una pantalla de clarividencias. Y ahora a tomar tiempo para hacer que se estudia el problema. Hay que estudiar la dolencia a la cabecera del agonizante. Y éste que espere. «Hay que reprimir la impaciencia», que diría el almacenista de gedeonadas.

ENVIO

Señor:

En nombre de muchísimos ciudadanos españoles forasteros de los partidos políticos con santo y seña electorales, en nombre de una legión de patriotas liberales desencasillados, pongo la pluma en este papel público para decirle que eso no es resolver nada, que así no se resuelve nada, que eso es malgastar el tiempo deplorablemente.

«Quien busque procurarse la vida, la perderá», está escrito en el Evangelio, y quién quiera ganar tiempo —y lo que así se llama suele ser querer hurtarse al curso inexorable de la historia— lo perderá; perderá el tiempo. Y perderá más que tiempo. Y su tiempo, Señor, no es suyo; su tiempo, Señor, es del pueblo. Y el tiempo es para el pueblo más que oro, es vida; y la vida del pueblo es la historia. Y no es la historia juego, ni es rutina cancelleresca y protocolaria de calendario oficial. No es deporte, Señor, sino progreso. Y las consultas protocolarias no iluminan el fondo de la historia, no ilustran nada. Ilustra mejor, por malo que sea, un debate parlamentario. No es en sus cámaras, Señor, donde ha de oír al pueblo, sino en las Cámaras del pueblo. Esas consultas a camarilla cerrada son una farsa.

Está, Señor, derrochando el tiempo lastimosamente y un tiempo vacío, sin historia y que por ella clama. Hay que esquivar la frivolidad, flaqueza en que están muy expuestos a caer los mozos mimados de la fortuna.

Mañana puede ser otro día; el día del alba de una reanudada historia para España. Y aunque el canto del gallo no haga salir al sol, es al ir a salir el sol cuando el gallo canta. Está el gallo cantando, Señor. Hay que despertarse.

Y es suprema lealtad cantar con el gallo.

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 16 de junio de 1917.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES